

HOMILÍA FUNERAL

H. ANIANO GARCÍA DEL CUBO

Granada, 15 de agosto de 2025



Estimado celebrante, familiares del H. Aniano, Hermanos de La Salle, amigos todos:

Hoy nos reunimos en torno a esta mesa para celebrar la vida y el paso a la Casa del Padre de nuestro hermano Aniano. Estamos aquí para reconocer que tu historia, H. Aniano, ha sido un regalo de Dios, y que tu vida —como la de María en el Evangelio de hoy— ha sido una vida “en camino”, siempre movida por el amor y la urgencia del servicio.

En esta solemnidad de la Asunción, hemos escuchado cómo María, al recibir el anuncio de Dios, “*se puso en camino aprisa*” hacia la montaña para visitar a su prima Isabel. No se quedó en casa reflexionando, no buscó excusas. Fue de prisa, porque el amor no sabe esperar. Esa misma prisa del corazón la tuvo siempre nuestro H. Aniano: prisa por llegar a donde alguien lo necesitaba, prisa por estar presente, prisa por escuchar, por ayudar, por tender una mano.

1. Una infancia sencilla y una llamada clara

El H. Aniano nació en Villar del Águila, Cuenca, en el seno de una familia numerosa. Sus padres, Ángel y Victoria, junto a sus seis hermanos y dos hermanas, formaron un hogar donde la fe y la sencillez marcaron el ritmo de la vida. De niño, disfrutó de la escuela y sintió atracción por la iglesia, especialmente en los primeros viernes, rezando al Sagrado Corazón de Jesús.

La semilla de su vocación se plantó con la visita a su pueblo del H. Benigno. Él mismo contaba que, en un principio, no fue admitido por su edad, pero la Providencia quiso que un cambio de última hora le abriera la puerta del Aspirantado de Griñón. De los cuatro que comenzaron en aquel viaje, solo él permaneció. Era el año 1946.

Tras años de formación en Griñón, emitió su Profesión Perpetua en 1956, en Córdoba. Desde entonces, su vida quedó marcada por un sí constante al Señor, renovado día a día en la comunidad y en la misión.

2. Educador y hermano en muchos lugares

Su itinerario lo llevó a distintas obras educativas: Melilla, Almería, Jerez de la Frontera, Granada, El Puerto de Santa María... En cada lugar, dejó huella como maestro cercano, catequista apasionado y hermano disponible.

En Granada fue animador vocacional, acompañando a aspirantes en su camino de discernimiento. En Almería unió su pasión por el deporte con la pastoral, organizando campeonatos de minibasket como

medio de encuentro y formación. En El Puerto de Santa María, donde pasó más de dos décadas, fue maestro y catequista pero, sobre todo, hermano de todos, dentro y fuera del colegio.

3. Un corazón en las periferias

Si tuviéramos que resumir su vida en una frase, quizá sería esta: “Hermano de la calle”. Durante 16 años visitó a internos en la prisión de Puerto II, acompañó a toxicómanos, personas sin hogar, migrantes, enfermos de sida, mujeres en prostitución.

En una entrevista al *Diario de Cádiz* en 2002, decía: «*Que los escuche. Son unos grandes necesitados de atención, de un hombro, de un oído. Me hacen unas confidencias increíbles. Y no sabe usted la paz y la tranquilidad que me transmiten en nuestros paseos*».

Sabía que la misión no siempre es fácil. «*Me engañan, y soy consciente de ello —afirmaba—, pero hay que darles una y mil oportunidades. No se puede desfallecer con personas tan necesitadas*».

Su compromiso no se reducía a un horario: acompañaba al médico, buscaba plazas en centros de rehabilitación, visitaba a quienes estaban lejos, celebraba cumpleaños en hogares de menores, compartía un café con los que nadie invitaba. La *Revista Omega* lo describió así: «*Prefiere llamar a ser llamado, servir a ser servido, dar antes que recibir... y a las ovejas perdidas las visita, especialmente en cumpleaños o puestas en libertad, volviendo de noche rejuvenecido y plétórico*».

4. El método de la escucha

En tiempos en que a menudo creemos que ayudar es dar soluciones rápidas, Aniano sabía que la primera ayuda es escuchar. Él lo practicaba como un arte: dejaba que el otro hablara, que contara su historia, que descargara su peso.

Esa capacidad de escucha no era solo fruto de su carácter, sino de su fe. Veía en cada persona el rostro de Cristo. Como nos recuerda Mateo 25, todo lo que hacemos por los más pequeños, lo hacemos por el Señor.

Por eso no le importaba que lo llamaran de mil maneras —Padre, Hermano, Cura, Abuelo, Willy—, lo importante era que lo llamaran, que se sintieran escuchados y acogidos.

5. La enfermedad como nueva misión

En los últimos años, la fragilidad física se presentó como un nuevo campo de misión. No dejó que la enfermedad le robara la sonrisa ni la disponibilidad. Dios le regaló “ángeles custodios” que lo acompañaron y cuidaron con cariño, y él les correspondió con gratitud.

Su manera de afrontar esta etapa nos recuerda lo que proclamamos en la segunda lectura de hoy: “*El último enemigo aniquilado será la muerte*”. En Cristo resucitado, Aniano encontró la fuerza para seguir amando, incluso desde la debilidad.

6. Un testigo del Reino

Quienes lo conocieron de cerca coinciden en que su vida ha sido un Magnífico silencioso: engrandecía al Señor no con discursos, sino con gestos sencillos y constantes.

Él mismo resumía así su manera de entender la vida: *«La sencillez es la virtud de los sabios, el aire del pensamiento. La sencillez es libertad»*. Esa libertad le permitió entregarse sin reservas, vivir “a fondo perdido” por los demás, sin miedo a gastar su tiempo, sus fuerzas y su vida.

Y como María, fue testigo de que Dios enaltece a los humildes. No buscó reconocimientos ni honores; buscó rostros concretos, nombres, historias que necesitaban esperanza.

7. Palabras finales

Hoy, al despedirte H. Aniano, no podemos evitar recordarte en tantas escenas:

- Llegando al colegio con tu bandolera gastada, unas fotocopias con reflexiones, unos caramelos para regalar.
- Saludando por los pasillos, siempre con una palabra amable.
- Volviendo de una visita a prisión, cansado pero contento.
- Entrando en una residencia de mayores para jugar al dominó o simplemente escuchar.

Todas estas imágenes forman parte de una historia que hoy presentamos a Dios como ofrenda de gratitud.

El Papa Francisco dijo una vez que necesitamos *“aprender a amar como Jesús... y saber escuchar el clamor, a menudo silencioso, de los pequeños, los pobres y los oprimidos”*. Creo que esta frase resume la vocación y la vida de nuestro H. Aniano.

Ahora, él ha escuchado la voz del Señor que le dice: “Ven, bendito de mi Padre... hereda el Reino preparado para ti”. Y como escribió Pedro Casaldáliga:

“Al final del camino me dirán: ¿Has vivido? ¿Has amado?
Y yo, sin decir nada, abriré el corazón lleno de nombres.”

Hermano Aniano, descansa ya en la paz del Dios de la Vida. Desde allí, sigue poniéndote en camino para interceder por nosotros, por tu comunidad, por tu familia, por tus “preferidos” de la calle y por todos los que hoy te recordamos con cariño y gratitud. Hasta el cielo.